

ESPACIALIDADES AFRODESCENDIENTES EN EL PACÍFICO COLOMBIANO

Eduardo Restrepo¹

“La práctica del investigador social está siempre regulada (sea o no conciente de ello) por concepciones teóricas o representaciones ideológicas: en la selección de algunos ‘hechos’ como relevantes y en su interpretación operan estas concepciones y representaciones” Jesus Ibáñez (1985: 215).

INTRODUCCIÓN

El Pacífico colombiano es una región a menudo caracterizada por su inmensa riqueza natural. Desde el Darién, en la frontera norte con Panamá, hasta el río Mira, en el extremo sur, un denso tejido de ríos, bosques y manglares constituye una de las regiones con mayor diversidad biológica de todo el planeta (Leyva, 1993). En la imponente presencia de esta selva húmeda tropical, por todos lados palpitan las más extraordinarias formas de vida. Innumerables cangrejos coloridos que se escabullen por los manglares, las imponentes ballenas que súbitamente saltan de entre las aguas del océano, o diferentes tipos de osos perezosos que se mueven lentamente por entre la copa de los árboles, son imágenes recurrentes en las narrativas de la proverbial riqueza natural de esta región.

1 Profesor asociado. Departamento de Estudios Culturales. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Coordinador del Centro de Estudios Afrodescendientes de la Javeriana.

La región del Pacífico se caracteriza frecuentemente también por la predominancia de poblaciones negras. Entre el 92% y el 96% de la población de esta región es afrodescendiente. Más aun, en el imaginario social y político en Colombia, el Pacífico es la “región negra” por antonomasia (Wade 1997).² Desde las playas hasta las cabeceras de los ríos, desde las casas aisladas hasta los diferentes conglomerados urbanos, la gente negra ha creado específicas formaciones sociales y culturales. Con base en disímiles amalgamas de legados africanos, aborígenes y europeos, estas poblaciones no sólo han aprovechado tradicionalmente las selvas, ríos y esteros, sino que además han creado nuevas modalidades de organización social y sistemas de pensamiento.

Desde la llegada forzada de los primeros esclavos en el periodo colonial, en lo que hoy se conoce como región del Pacífico colombiano, se pueden identificar diferentes patrones de apropiación espacial: desde un inicial patrón centrado en las cuadrillas seminomadas y los reales de minas hasta la consolidación de una red de asentamientos dispersos con nucleaciones urbanas hacia la segunda mitad del siglo XX, terminando con un patrón de desgarramiento y violencia con el posicionamiento de la región del Pacífico como uno de los escenarios privilegiados de la guerra y de empresarios de la muerte. En este capítulo se describen algunos de los rasgos de los distintos patrones de producción del espacio que, desde una perspectiva regional, pueden ser asociados a las poblaciones afrodescendientes en el Pacífico colombiano.

He preferido el concepto de “configuración espacial” para describir estos patrones regionales. Por tanto, es relevante hacer un breve ejercicio de explicitación de este concepto y sus relaciones con otros como los de territorialidad, territorio y lugar. Por territorialidad entiendo las experiencias y prácticas espaciales que, mediadas por representaciones culturales, son desplegadas por los diferentes conglomerados sociales. En este sentido, en un mismo “espacio físico” se pueden desplegar diferentes territorialidades (en un manglar puede ser objeto de experiencias y prácticas territoriales propias del cultivo industrial del camarón o de aquellas ligadas a una recolección y pesca artesanal de sus productos para el consumo de grupos domésticos locales).

El territorio, por su parte, es una *forma de reflexividad política y de apropiación espacial* que generalmente se refiere (pero no necesariamente) a una o varias territorialidades. El territorio siempre es reflexivo, esto es, implica que los individuos lo definan explícita y conscientemente, generalmente estableciendo sus límites y contenidos. Pero, además, esta reflexividad

2 A pesar de esta imagen, la mayoría de la gente negra en Colombia habita en las ciudades del interior del país, fuera de la región del Pacífico. Según el último censo, realizado en 2005, la población negra, afrocolombiana, palenquera y raizal, suma aproximadamente el 10,5% de la población total del país. Aunque en Colombia ha sido común la idea de que los afrodescendientes habitan principalmente en la región del Pacífico, este Censo indica que más del 70% de la población afrodescendiente habita en contextos urbanos de cabeceras municipales, ciudades intermedias y grandes capitales como Cali, Medellín y Cartagena.

es política porque emerge para dar sentido y orientar la acción sobre conflictos efectivos o imaginados relacionados con las experiencias y prácticas territoriales de distintos conglomerados o actores sociales.

Para el Pacífico, el “territorio” constituye uno de los ejes centrales del proceso de etnización de las ‘comunidades negras’ (cfr. Restrepo, 2013). La “defensa del territorio” es una de las banderas centrales de las organizaciones de comunidades negras. Tan relevante es su defensa que una parte importante de las organizaciones (sobre todo en el área rural del Pacífico colombiano) se denominan a sí mismas, nada gratuitamente, como étnico-territoriales. La noción misma de las “comunidades negras” como grupo étnico ha implicado la apelación a la existencia de unos territorios que han manejado desde prácticas tradicionales de producción en una “relación armónica con la naturaleza”. El “territorio” es considerado credencial y condición de la etnicidad de las “comunidades negras”.

En la idea misma de “territorio” se introduce en la economía de visualización de lo étnico; marcando así una diferencia significativa entre las luchas por la tierra que definió los movimientos campesinos expresados en la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos), a mediados de los setenta (cfr. Herrera, 2013). Al seno de estos movimientos, la clase campesina, la titulación de tierra individual o comunal en el marco de una reforma agraria, el acceso a créditos, la demanda de capacitación en nuevas tecnologías agrícolas que mejoraran su nivel de vida, y las cooperativas como formas organizativas privilegiadas de pequeños productores agrícolas, constituían el horizonte de su accionar. Allí, aparecía por supuesto lo negro, pero desde una perspectiva racial y no de etnización. Más aún, lo racial parece no haber constituido el pivote de sus prácticas políticas ni, en tanto tal, se establecieron las exigencias hacia el estado u otros actores locales, regionales o nacionales.

En este sentido, como lo ha argumentado Karl Offen (2003: 47), en términos analíticos y políticos es relevante no confundir las luchas por la tierra de las luchas por el territorio. Implican discursos, sujetos políticos y estructuras organizativas radicalmente diferentes. No hablan sobre lo mismo, ni interpelan los mismos horizontes normativos. Prefiero entonces dejar el concepto de “territorio” para dar cuenta de los procesos de etnización donde se movilizan una serie de imaginarios teóricos y políticos en aras del posicionamiento del sujeto étnico a menudo atrapados en las urdimbres del culturalismo.

El antropólogo colombiano Arturo Escobar (2010), quien ha abordado con dedicación el movimiento organizativo de comunidades negras y la región del Pacífico, en su libro *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*, cuestiona el concepto de espacio como categoría analítica relevante y sugiere el de lugar. Escobar tiene razón cuando cuestiona los efectos aplanadores de las conceptualizaciones globalototalitaristas (para retomar un poderoso concepto de Michel Rolph Trouillot 2011) que subsumen, cuando no borran, la relevancia del lugar y lo local en nombre del espacio y lo global. También tiene razón en llamar la atención sobre la relevancia de lecturas fenomenológicas

que hacen énfasis en el las experiencias vividas y las prácticas situadas que producen sujetos-en-lugares. En este sentido, el concepto de lugar sugerido por Escobar es bien cercano a la noción de territorialidades esbozada unos párrafos antes.

No obstante, al pensar desde una perspectiva regional, he preferido hablar de configuraciones espaciales antes que de configuraciones de lugar o de configuraciones territoriales o de territorio. Lo de configuraciones espaciales evita el problema de referirse a una abstracción que se opone a lo local o el lugar, ya que en su pluralidad y situacionalidad histórica, supone especificidades y singularidades de patrones regionales en la producción de espacios. El apelar al término de territorio para caracterizar todos estos patrones introduce el ruido analítico y político de la etnización, corriendo el doble riesgo del presentismo histórico y los cerramientos culturalistas.

Finalmente, se hace relevante indicar que mis argumentos sobre las configuraciones espaciales afrodescendientes del Pacífico colombiano debe ser entendidos en mi particular conversación con una serie de valiosas contribuciones durante los últimos treinta años de antropólogos, sociólogos, arquitectos, historiadores y geógrafos.³ William Villa (2004, 1998), con sus seminales planteamientos sobre los diferentes modelos de poblamiento ha sido inspirador y referente en el campo de los estudios del Pacífico colombiano. Jaques Aprile-Gnisset (1993) y Gilma Mosquera (2004), además de sus contribuciones a la historia del poblamiento del Pacífico, han ofrecido las más detalladas investigaciones sobre los patrones de asentamiento y de residencia. Oscar Almario (2005, 2003) ha escrito la historia más detallada de los procesos de etnogénesis de las poblaciones negras del Pacífico, en una perspectiva de larga duración y con un soporte empírico y analítico derivado de la antropología y la historia. Además de los aportes conceptuales de Arturo Escobar (que apuntan a entender cómo los lugares constituidos por los afrodescendientes en el Pacífico encarnan lógicas no solo de modernidades y desarrollo alternativas, sino también de alternativas a la modernidad y al desarrollo), los juiciosos trabajos de la geógrafa Odile Hoffmann (2007), las detalladas interpretaciones de historia económica regional de Claudia Leal (2004), y el libro del también geógrafo Ulrich Oslender (2008) completan un panorama sobre el que este capítulo se alimenta.

En relación con el tono y estructura del presente texto, debo anotar que ha sido escrito para unos lectores no familiarizados con la región del Pacífico ni con las características de los afrodescendientes en Colombia. Comienzo con un breve aparte histórico que contextúa la presencia de los esclavos negros en lo que hoy se concibe como la región del Pacífico colombiano. Posteriormente,

3 El trabajo pionero de Robert West ([1957] 2000) constituye una de las fuentes obligadas no solo por sus análisis sino porque, con el paso de las décadas, se ha convertido en un documento histórico en sí mismo.

se abordan cuatro configuraciones espaciales afrodescendientes, que inician en el periodo colonial hasta la actualidad.

Cuerpos esclavos para hurgar arenas auríferas

El reconocimiento y sometimiento de las tierras de *la Mar de Sur* en la actual Colombia fue indudablemente una de las empresas más arduas, prolongadas e inconclusas para los europeos. En el norte se encontraron con la efectiva resistencia militar de los waunana, emberas y tules o cunas; mientras que el sur fue durante todo el siglo XVI virtualmente impenetrable a causa de la reiterativa defensa ante la invasión española por parte de los sindaguas (Aprile-Gnisset, 1993; Jurado, 1990; Vargas, 1993). No pocos de los tempranos asentamientos españoles, en el litoral o en las partes medias de los ríos, fueron arrasados por los innumerables ‘indios de guerra’ que expulsaron una y otra vez a los intrusos; atreviéndose incluso a incursionar a los pueblos del interior establecidos por los españoles (De Granda, 1977: 149; West, 1972: 29).

Mientras que los españoles habían vencido o reducido a buena parte de los indígenas en el interior del continente, en área de la hoy considerada región del Pacífico eran significativamente vulnerables al acoso y ataque de las poblaciones indígenas. Distintas expediciones militares fracasaron: “Después de la primera expedición costera de Almagro en 1525, se suceden varios intentos de penetrar al Chocó, en 1536, 1539, 1540, 1549 (según Belancázar) 1573, 1575, 1590, 1593, y los funcionarios españoles, en sus informes al Rey no podían menos que admitir que estas frustradas ‘entradas’ fueron derrotadas por la persistente resistencia aborigen” (Aprile-Gnisset, 1993: 19).

Ante el reiterativo fracaso de la estrategia militar, y después de un intento frustrado de unos asentamientos iniciales, se recurrió a los franciscanos para ‘pacificar’ a aquellos ‘belicosos indios de guerra’ (West, 1957: 90). Sólo con el relativo éxito de los clérigos, armados de sotanas y cruces, fue posible el establecimiento de algunos poblados puntuales en función de la extracción del oro que apuntalaba realmente la empresa colonial (Yepes, 1975: 10). En el sur, dado el fracaso de los misioneros en la ‘pacificación’ de los indios, la intervención militar se convirtió en un imperativo inaplazable al evidenciarse las riquezas auríferas de ríos como el Telembí: “[...] es solamente a partir de 1605-1610, y durante todo este siglo, que diversas incursiones militares procedentes unas de Popayán, otras de Pasto, logran poco a poco asentar unos precarios campamentos mineros [...]” (Aprile-Gnisset, 1993: 48).

Amplias zonas de la región del Pacífico y significativo número de población aborigen permaneció fuera del control colonial (De Granda 1977). La presencia española se centró en unos pocos poblados y en una serie de entables mineros, generalmente móviles, situados en las partes altas y medias de los ríos auríferos. Santa María de las Barbaças y Santa Bárbara de Iscuandé en el sur, y Citará y Nóvita en el norte, se consolidaron como ejes administrativos alrededor de los cuales funcionaban los diversos reales de minas. Además

había algunos puertos menores como Chirambirá y Buenaventura. La presencia colonizadora era insular e incompleta: más allá de las zonas mineras y de unos pocos puntos en la costa, vastas áreas de la región escapaban al control de La Corona. Las zonas mineras del Pacífico se conectaban con urbes coloniales como Popayán y Pasto mediante caminos que atravesaban la cordillera de los Andes, y por los ríos con las costas. La prohibición de navegación por el Atrato⁴ a finales del siglo XVII y durante casi todo el XVIII, al igual que las restricciones de comercialización por el San Juan, con el fin de controlar el contrabando, son evidencia de la debilidad del poder colonial ante la tarea de dominar el Pacífico (Sharp, 1970: 134).

Mientras en el valle del río Cauca la ganadería y la agricultura se desarrollaron a la par que la minería, en la región del Pacífico el modelo colonial se estableció centrada en torno a la minería. En las zonas mineras el control colonial se basó en el uso de cuadrillas de esclavizados *bozales*, *ladinos* y *criollos*.⁵ La mayoría de los esclavizados llegaban al puerto de Cartagena de Indias.⁶ De allí eran transportados por el río Magdalena e incipientes caminos hacia el interior del país hasta llegar a Popayán, capital de la inmensa Gobernación del Cauca. Esta gobernación cubría gran parte de lo que hoy constituye el occidente y sur del país. Una vez en Popayán, algunos esclavizados eran destinados para las haciendas del gran valle del Cauca, otros permanecían en la ciudad desempeñando diferentes servicios y los más fueron enviados a laborar en las minas de oro del Pacífico colombiano.

Desde la colonia, las poblaciones aborígenes tendieron a replegarse hacia las cabeceras de los ríos o hacia áreas que como la serranía del Baudó se mantuvieron al margen del dominio colonial (Vargas 1999). Las relaciones entre indígenas y afrodescendientes se establecieron asociadas a los reales de minas (estando los primeros principalmente ligados al suministro de alimentos y en labores de transporte), pero también se dieron en las áreas y entre poblaciones que se mantenían por fuera del sometimiento colonial. Aunque la convivencia y zambaje se presentó en varios lugares del Pacífico, los afrodescendientes e indígenas tendieron a mantener asentamientos separados pero con estrechas relaciones debido a su función diferencial en el sistema local y regional.

4 El Atrato es uno de los más importantes ríos del Pacífico y el único que desemboca en el Atlántico. Esto lo constituía en la más expedita entrada a la región por el norte, si no hubiese estado bajo el control de 'indios de guerra' que mantenían alianzas con los ingleses.

5 Como *bozales* se denominaba a los esclavizados recientemente importados de África. Los *ladinos* eran esclavizados africanos que habían estado ya por varios años en 'tierras de cristianos', hablaban castellano y evidenciaban conocimiento de preceptos sociales y religiosos de sus esclavistas. Se llaman *criollos* a los esclavizados afrodescendientes nacidos en el Nuevo Mundo.

6 Para una demografía de los esclavizados que llegaban al puerto de Cartagena Nicolás del Castillo, Maya. Además se cuenta con las descripciones de Sandoval para la época.

Como lo ha descrito Norman Whitten (1992) para el área de Esmeraldas en Ecuador y el Pacífico sur colombiano, en respuesta a los ciclos de auge y caída asociados a la extracción de productos forestales o mineros en la región los 'pioneros negros' (como Whitten denomina a las poblaciones afrodescendientes) desarrollaron una doble estrategia: de un lado, aprovechando los periodos de auge alimentados por demandas extranjeras han participado de los procesos extractivos orientando sus actividades productivas a las ganancias monetarias y, del otro lado, en los periodos de caída se han replegado hacia modelos productivos para el autoconsumo y el mercado local.⁷ Por su parte, las poblaciones aborígenes se han mantenido en términos generales más al margen de estos ciclos extractivos alejadas de los núcleos urbanos en las partes altas de los ríos. Es a través de participación en las redes de comercio locales y del intercambio con los afrodescendientes que los aborígenes han tenido acceso a los productos de la región o importados que ellos no producen.

Configuraciones espaciales

Enclave minero-esclavista: la Colonia

La configuración espacial de la relativamente tardía presencia española en el Pacífico colombiano se estableció a partir de los reales de minas, esto es, unas cuadrillas semi-nómadas laborando las arenas auríferas en los cursos medios y altos de los ríos. Relacionados con estos reales de minas surgieron unos centros poblados. Desde mediados del siglo XVII, en el sur, Santa María de las Barbacoas, Santa Bárbara de Iscuandé y Guapi, o, en el norte, Citará y Nóvita, se consolidaron como ejes alrededor de los cuales los diversos reales de minas funcionaban en la extracción aurífera. La configuración espacial durante el periodo colonial del actual Pacífico colombiano se caracterizó inicialmente por la consolidación de un modelo circunscrito a los enclaves mineros, con la articulación con las haciendas del interior que posibilitaba la obtención de alimentos, esclavizados, herramientas, vestidos y otras mercancías consumidas en la extracción del mineral.

En un real de minas podrían haber desde un puñado hasta medio centenar de esclavizados. La mayoría de ellos trabajaban en grupos conocidos como cuadrillas hurgando el oro de la tierra y los lechos de los ríos. Mujeres y hombres, jóvenes o viejos, y en ocasiones los niños, se pasaban de sol a sol encorvados removiendo piedras y barrancos ayudados de barretones y de sus manos. Las diminutas pepitas de oro eran separadas del lodazal mediante el habilidoso meneo de bateas de madera especialmente labradas para ello. Ya fuera por los indígenas sometidos al dominio colonial o por los mismos

⁷ Para una historia de los ciclos extractivos en la región del Pacífico y de la participación de las poblaciones afrodescendientes, véase Leal (2004).

esclavizados, en los reales de minas se plantaban cultivos como el plátano o el maíz para la alimentación de las cuadrillas mineras (Jiménez, 2004). También había herreros y carpinteros dedicados a la fabricación y reparación de las herramientas y otros utensilios.

Las cuadrillas eran las unidades mínimas de producción en la extracción minera. Compuestas principalmente, cuando no exclusivamente, por esclavos bozales o criollos, laboraban a finales del siglo XVII en los cursos medios o altos de los diferentes yacimientos auríferos tales como los ríos Andaguada, Tamaná, San Juan, Atrato, Magüí, Güelmambí, Iscuandé, Guapi o Timbiquí. Allí construían sus viviendas con los materiales ofrecidos por el medio y, algunas veces, establecían sembrados de maíz y de plátano principalmente. La trashumancia de estas cuadrillas, determinada por ciclos climáticos y por el agotamiento de los yacimientos auríferos, imposibilitaba el establecimiento de asentamientos permanentes y la concentración de grandes números de esclavos en los frentes de trabajo (Barona, 1992: 11).

Cuando las cuadrillas eran muy grandes se podían destinar algunos brazos a las labores agrícolas, mientras que los otros se dedicaban a la extracción aurífera. Los primeros recibían el nombre de "piezas de roza", los segundos el de "piezas de mina" (West, 1972: 84). En algunas ocasiones los sembrados eran realizados por la misma cuadrilla ya que, en las épocas de intenso verano, cuando se reducía la extracción aurífera, se dedicaba a actividades diferentes de la minería como el cultivo de maíz o plátano, que eran la base de su alimentación; igualmente, la cacería, la recolección y la pesca se perfilaban como actividades complementarias en aquellos momentos en los cuales la práctica de la minería lo permitía.

Si bien es cierto que inicialmente se presentó un desbalance entre el número de hombres y mujeres esclavizados (Perea, 1986: 118), en los padrones y censos coloniales de finales del siglo XVIII se evidencia una relativa paridad numérica entre unos y otros (De Granda, 1977; Sharp, 1970: 34; West [1957] 2000). Tanto los hombres como las mujeres de las cuadrillas se dedicaban a las actividades en la mina o en la roza; aunque se manifestaba una diferenciación sexual en los procedimientos puesto que, por ejemplo, el manejo de la barra fue asociada a las actividades masculinas, mientras que la utilización de la batea en el lavado del oro o la preparación de los alimentos se articuló con las femeninas.

La relación de estos poblados mineros y sus reales de minas con ciudades como Cartago, Cali, Popayán y Pasto fue fundamental tanto en la obtención de los esclavos como en el aprovisionamiento de algunos productos agrícolas o manufacturados para satisfacer las demandas de las cuadrillas de extracción aurífera que funcionaban en diferentes ríos (Barona, 1995; Colmenares, 1976). Igualmente, aunque con menor intensidad debido a las disposiciones reales, se estableció una relación comercial más irregular y puntual con Guayaquil y Lima, a través de los puertos de Chirambirá, para el norte, y de Buenaventura y Tumaco, en el sur. Las dificultades e

irregularidades en el aprovisionamiento de los centros mineros implicó, igualmente, la imposibilidad de sustentar cuadrillas numerosas de trabajo por lo menos hasta finales del siglo XVII.

La cuadrilla minera estaba generalmente conformada por un grupo no menor de cinco esclavos; entre los cuales se definía un capitán, casi siempre el más experimentado o sobre el que recaía la confianza del dueño de la cuadrilla o del administrador. El capitán, además de trabajar directamente en la mina, hacía las veces de intermediario entre la cuadrilla y el esclavista o el administrador. Aunque a menudo la condición del capitán era igualmente la de esclavizado, era él el encargado de hacer cumplir las normas y la disciplina tanto en el trabajo como en la cotidianidad de la vida social de la cuadrilla (Sharp, 1970: 275; West 1972: 85). En ocasiones, incluso, era a través del capitán que se materializaba el castigo físico determinado por el esclavista o por su administrador (Romero, 1991: 20).

La cuadrilla, a su vez, efectuaba las peticiones al administrador o esclavista mediante el capitán, dada su mayor cercanía. El capitán no era necesariamente el más viejo de la cuadrilla, pues no es extraño encontrar en los padrones — especie de censos — capitanes de apenas veinticinco años al mando de una cuadrilla de esclavizados donde algunos de sus miembros poseen más de cuarenta años.⁸ Cabe resaltar que hay evidencia documental de que en algunos casos había mujeres con el cargo de capitana para estar al frente de las mujeres del grupo (Friedemann y Espinosa, 1993: 107).

En la dirección de la cuadrilla se encontraba el dueño o un administrador. El dueño permanecía con la cuadrilla sólo cuando, siendo un pequeño propietario, no poseía el dinero suficiente para contratar a un administrador y no podía residir en centros mineros como Nóvita, Barbacoas e Iscuandé o, como era el caso de los grandes propietarios, en Popayán, Cali o Pasto (Sharp, 1970: 37). Esta práctica implicó, sobre todo en el siglo XVII cuando las minas se concentraban en manos de grandes propietarios, una baja densidad poblacional de españoles o de sus descendientes en los reales de minas, concentrando su presencia a un puñado de centros mineros que como en el caso de Santa María de las Barbacoas congregaban una élite de españoles y de sus descendientes propietarios de minas con un nivel de consumo y ostentación equiparable a el vivenciado por la época en Pasto (Jurado, 1990: 28-30).

Aunque el enclave minero articuló a un modelo centrado en la extracción aurífera mediante cuadrillas de esclavos, desde finales del siglo XVII, y a lo largo del XVIII, se fue consolidando una población libre que paulatinamente se dedicó a otro tipo de actividades económicas y exploró otros ámbitos del ahora Pacífico colombiano, iniciándose así los primeros trazos de una nueva

8 Véase, por ejemplo, los documentos transcritos por De Granda (1971) que pertenece a varios padrones realizados a principios del siglo XVII en las minas de Barbacoas, Iscuandé y Timbiquí.

configuración espacial. Esta nueva configuración se consolida definitivamente en el siglo XIX, con la abolición jurídica de la esclavitud, los efectos de las guerras de independencia, el crecimiento poblacional y la presencia de otro tipo de auges económicos asociados a la recolección y comercialización de ciertos productos forestales (Aprile-Gnisset, 1993: 12).

En el caso del actual Pacífico colombiano los esclavizados obtuvieron a veces muy tempranamente su libertad por diversos mecanismos entre los cuales tuvo particular relevancia la automanumisión, es decir, el pago por parte del mismo esclavo del precio establecido por el esclavista para obtener su "libertad" (Barona, 1985; West, 1972: 87). Ello fue posible porque socialmente se había instaurado hacia el siglo XVII el derecho de que los esclavos trabajasen para sí un día de la semana, ya fuera en la mina, en los cultivos o cazando en el monte, con el objeto de obtener unos recursos monetarios o alimentarios adicionales (Whitten, 1992: 53). Sin embargo, no todos los esclavizados estaban en igualdad de condiciones para obtener su libertad mediante este mecanismo puesto que el capitán de cuadrilla recibía una mayor participación en el producto obtenido; por lo cual se encontraba en relativa ventaja con respecto a los otros miembros de la cuadrilla para lograr, mediante la compra, su libertad (West, 1972: 87).

La paulatina aparición de un núcleo poblacional de esclavos que compraban su libertad, antes que la manifestación de un sistema paternal, es consecuencia de un sistema esclavista instaurado en una "situación de frontera" limitado en su capacidad de control efectivo de los esclavizados dadas las condiciones específicas de la extracción aurífera en áreas apartadas y la movilidad constante en función de las condiciones climáticas o del agotamiento de los yacimientos; condiciones que negaban en la práctica la sujeción absoluta de los esclavizados y, en consecuencia, la posibilidad de unos momentos y espacios socialmente instaurados para que el esclavizado adquiriera de manera individual y regulada el acceso a su situación de "libre"; sin colocar en peligro, en el orden de lo inmediato, el funcionamiento del sistema en una "situación de frontera" (Barona, 1995).

Otro mecanismo instrumentalizado en la obtención de la libertad fue el cimarronismo, es decir, la huida en grupos o individualmente a lugares apartados del dominio del esclavista, donde se consolidaban poblados conocidos como palenques: "La palabra 'cimarrón' se aplicaba a los animales que después de haber sido domesticados, volvían a su estado salvaje. Por eso a los negros huidos a los palenques, los blancos les pusieron en remoquete de cimarrones" (Jurado, 1990: 243). El cimarrón y el palenque se configuran, entonces, como un estado y un espacio no sólo de rebeldía explícita ante el sistema esclavista, sino, también, como acto paradigmático de resistencia y reconstitución cultural, demográfica y militar.

Para el caso del Pacífico sur colombiano se tiene referencia de la conformación de un palenque en la primera mitad del siglo XVIII, concretamente hacia 1732 con la aparición del famoso palenque El Castigo al cual acudían

esclavizados prófugos de los diversos reales de minas de Barbacoas e Iscuandé (Jurado, 1990: 243). Para algunos autores, otros palenques se establecieron no sólo hacia la Cordillera Occidental – donde estaba situado, entre Pasto y Barbacoas, el palenque de El Castigo –, sino que también se ubicaron en poblados de agricultores y pescadores hacía la zona de la costa y esteros, aprovechando la relativa debilidad represiva de los españoles en el área y las facilidades otorgadas por el medio (Dávila, 1979: 97). No obstante, por las condiciones de operación del sistema esclavista en el Pacífico, los palenques no fueron una constante como en el Caribe.

Cualesquiera que hayan sido las vías legales o de hecho por las cuales los esclavizados del ahora Pacífico colombiano obtuvieron su libertad, para finales del sistema colonial se había conformado un segmento poblacional significativo de libres dedicados no sólo a las actividades mineras sino, también, a actividades agrícolas, de pesca o de cacería, consolidando tempranos poblados en los ríos o en las costas. En este sentido, para el área de Barbacoas, “[...] sólo a principios del siglo XIX, el 80% de los negros ya eran libres, pues habían comprado su libertad” (Jurado, 1990: 109).

Tabla 1 – Relación de la población de esclavos y libres, siglo XVIII

Lugar	Libres	Esclavos	Total
Barbacoas (1797)	1378	3907	5285
Iscuandé (1797)	756	956	1712
Tumaco (1797)	1928	1722	3650
Micay (1797)	586	383	969
Raposo (1797)	1336	2301	3637
Nóvita (1782)	2239	4932	7171
Citará (1782)	1659	2156	3815

Fuentes: Padrón de población 1797. Visita a la Gobernación de Popayán (reproducido por Cespedesía n. 45-46 1983). William Sharp (1970: 34).

Poblamiento disperso: exploración y apropiación afrodescendiente del Pacífico

La presencia de este creciente núcleo poblacional de libres no significó necesariamente su ruptura con el sistema esclavista que aun pervivía en la región. Algunos libres continuaron trabajando para las minas de los esclavistas como jornaleros o mazamorreros (West, 1957: 103),⁹ mientras que otros se dedicaron a trabajar en sus propias minas, al igual que a las labores

9 Sobre la importancia de esta relación es interesante constatar en la lectura de los documentos del primer cuarto del siglo XVIII, transcritos por De Granda (1971), como en el formato de las matriculas aparece ya la pregunta tanto por el número de los esclavizados y “libres” pertenecientes a la cuadrilla como por aquellos “concertados”.

agrícolas, estableciendo relaciones comerciales con las cuadrillas vecinas (Romero 1991: 24).

Se ha documentado como algunos libres al instaurarse como pequeños propietarios de minas reprodujeron relaciones esclavistas. Es posible hallar referencias de libres que tenían esclavizados para las actividades de extracción minera: “[...] los patrones de sujeción esclavista parecían continuar vigentes aun dentro de un grupo de libres dado que nos encontramos con que sus dirigentes se volvían esclavistas” (Romero, 1991: 29). Además de los casos reseñados detalladamente por Romero (1991: 30-31) con relación al sur del actual Pacífico colombiano; para la provincia de Citará, en una descripción anónima de finales del siglo XVIII, se evidencia igualmente la permanencia de relaciones esclavistas en los núcleos de “libres” que continuaron dedicados a la minería:

“A Negúa vierten Ichó, y a este diferentes quebradas en que se hallan situados [...] Antonio de Escobar, mulato liberto, con cuatro [esclavos]; Nerciso Caicedo, Agustín Caicedo y su hermana Susana, también libertos, tienen sus esclavos y viven en aquellos contornos en el que del mismo modo se hallan varios libres y libertos.” Más adelante continúa “[...] y poco después del río Murindó, que es bastante fértil, en el cual se mantienen algunos pobres libres, y tiene entre dos de ellos 10 o 12 esclavos dedicados a la labor de minas [...]” (Anónimo. Descripción superficial de la Provincia del Zitará. *Cespedesia*. n. 45-46, 1983: 432, 442).

Como no todos se quedaron en los antiguos reales de minas, la migración hacia las zonas bajas, hasta antes sólo puntualmente exploradas y todavía no ocupadas, fue una de las consecuencias demográficas más importantes para el Pacífico colombiano con la paulatina consolidación de un núcleo poblacional libre durante el siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX en el marco del aún existente sistema esclavista. Este proceso fue definitivamente acelerado con la supresión jurídica del sistema esclavista en 1851 (De Granda, 1977: 47-48, West [1957] 2000).

A medida que se fue consolidando estas migraciones, la configuración espacial fue cambiando. Cada vez más libres dejaron los antiguos reales de minas y centros urbanos coloniales, para explorar los cursos medios y bajos de los ríos, así como los manglares y playas que hasta entonces habían permanecido desconocidas para la gran mayoría de ellos. Así nació una nueva configuración espacial que caracterizó a la región del Pacífico hasta la segunda mitad del siglo XX. En esta configuración espacial hubo una dispersión de los libres por toda la región. Casas aisladas o pequeños conglomerados se construyeron sobre los diques aluviales a lo largo de los ríos o sobre las líneas costeras.

Las guerras de independencia y la libertad de los esclavos marcaron el fin de la minería colonial (Almarino, 2003). La mayoría de los dueños de minas de replegó a los Andes, y los antiguos centros mineros quedaron dominados por los afrodescendientes. Poco a poco, los afrodescendientes fueron ocupando la región, siguiendo los cursos de los ríos y las líneas costeras. En

las zonas medias y bajas pusieron un nuevo énfasis en la agricultura y la pesca, combinando siempre las diferentes opciones que ofrece el medio. Así hubo un gradual desplazamiento de una configuración espacial centrada en la ocupación de las zonas mineras por medio de campamentos, hacia una caracterizada por asentamientos dispersos a partir de grupos parentales, y por un uso variado de entorno (Aprile-Gnisset, 1993: 12/57-62; West, [1957] 2000). Este proceso de migración y exploración estuvo motivado en ciertas áreas por nuevas actividades extractivas que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIX. Los principales auges extractivos que contribuyeron a este proceso fueron los del caucho y la tagua, que fueron motor de migraciones hacia algunas zonas costeras (Leal, 2004)

Para finales del siglo XIX, las poblaciones afrodescendientes se habían extendido por gran parte de la región del Pacífico. En términos generales, se dieron diferencias entre los habitantes de las costas y estuarios, los que se asentaron en las partes medias de los ríos y en las partes altas de los mismos. En cada una de estas zonas se definió una actividad sobresaliente: la pesca en las zonas bajas, la agricultura en las medias y la minería en las altas. Estas se combinaron con otras, configurando sistemas poliactivos que permitieron la apropiación múltiple de diferentes espacios (Leesberg y Valencia, 1987). Para los habitantes de los manglares y costas, por ejemplo, la pesca constituyó la actividad principal, complementada con la recolección de crustáceos en los manglares (*pianguas* y *cangrejos*) y el cultivo de cocos y otros productos en las costas y en los *firres*. Del mismo modo, los mineros sembraron sus colinos y, en ciertas épocas, bajaron a las *bocanas* a pescar. La caza y la recolección fueron complemento para todos. Las selvas se recorrieron en busca de diferentes animales para la alimentación. También se recolectaron productos vegetales con propósitos medicinales, rituales, alimentarios y de construcción de objetos, herramientas y viviendas. La cría de animales domésticos, como los cerdos, constituyó otro importante componente de esos sistemas (Moreno 1994). Esta organización productiva se complementaba con la existencia de redes de intercambio locales. El pescado seco y los mariscos, y el coco de las zonas costeras, se intercambiaban por el plátano, el arroz y el chontaduro cultivados en las zonas medias. Licores y dulces también hicieron parte de este comercio, al igual que el oro.

La complementariedad se ha relacionado con la estacionalidad de la mayoría de las actividades, que ha definido los períodos para desarrollar cada una de ellas, y las prácticas que las conforman. La subienda en el río Atrato ha sido uno de los mejores ejemplos. Quienes estaban dedicados la mayoría del tiempo a la agricultura podían concentrarse durante un par de meses a aprovechar la abundancia de peces. La agricultura también ha estado mediada por el calendario anual para la preparación de terrenos, la siembra y la cosecha. Todas las demás actividades también han estado ligadas con manejos del tiempo. La minería tradicional de canalón, por ejemplo, requiere de lluvias para lavar las arenas. Los períodos secos son más propicios para la

construcción de infraestructura, como las pilas, o para la escarbar los lechos de los ríos cuyo caudal ha decrecido. Ciclos lunares y de mareas también han determinado los momentos adecuados para hacer cada cosa. El corte de la madera, el cultivo o cosecha o la preparación de contras medicinales están todas reguladas por las fases del ciclo lunar. La recolección de *pianguas* en los suelos de los manglares sólo puede hacerse cuando la marea está baja. Las mareas también han sido determinantes de la pesca y el transporte para otro tipo de faenas. Pero la temporalidad de estas prácticas no sólo ha estado regulada por factores naturales. El calendario ritual y festivo ha sido igualmente importante. Las fiestas han implicado la intensificación del trabajo en los meses previos, especialmente de aquellas actividades que pueden ser monetizadas (Taussig, 1978). Por el contrario, mientras duran las festividades se aminoran los ritmos de trabajo. Otras manifestaciones como los velorios, también han influido en el desarrollo de las prácticas productivas.

Nucleamientos urbanos: cerramiento de la frontera

Desde mediados del siglo XX esta configuración espacial de asentamientos dispersos empezó a cambiar con la consolidación de centros urbanos. Hasta entonces la gran mayoría de los afrodescendientes vivían dispersos en grupos parentales o pequeños conglomerados residenciales en los distintos ríos y playas por toda la región.

Aunque en la actualidad los pequeños y medianos centros urbanos tienen un peso importante en la configuración espacial de la región, esto no significa que las zonas rurales hayan perdido su relevancia. Más bien, lo que se presenta en el Pacífico es que las poblaciones negras han consolidado una configuración espacial que combina de diferentes maneras lo rural y lo urbano. La relación campo-poblado es muy estrecha. Muchas de las personas que habitan en los centros urbanos tienen vínculos permanentes con el área rural, ya sea porque ellos mismos se desplazan por periodos a trabajar en sus fincas en el campo o ya sea a través de sus familiares. Con la palabra de *rururbanos* algunos investigadores de las ciudades del Pacífico han indicado estos estrechos vínculos entre el campo-poblado (Álvarez, 1999).

Una parte importante de la gente negra habita en los tres más grandes centros urbanos de la región: Quibdó, Buenaventura y Tumaco. Otra parte habita en la red de pequeñas urbes que se despliega a lo largo del Pacífico. Barbacoas, Iscuandé, El Charco, Guapi, Itsmina, Bahía Solano y Río Sucio son algunos de sus nombres. Ciertas poblaciones, como Barbacoas, son muy antiguas y se remontan a la época colonial. Otras, como El Charco, son más recientes adquiriendo importancia hacia el siglo XX. Gran parte de la gente negra del Pacífico habita en caseríos compuestos de unas docenas de casas construidas en las orillas a lo largo de los ríos o playas. Hacia la cabecera de los ríos o en las playas más alejadas de estos conglomerados residenciales, es más frecuente encontrar casas aisladas de uno o varios grupos familiares.

Casas aisladas o en pequeños grupos, algunas con vistosos colores, y la mayoría suspendidas en el aire sobre unos pilotes a más de un metro sobre el suelo, pueden ser observadas a lo largo de los diferentes cursos de agua de toda la región. Esta disposición se mantiene incluso cuando se deben construir viviendas temporales en el interior de la selva, denominadas *ranchos* (Whitten, 1992: 70), puesto que se edifican en la orilla de alguna corriente de agua, ya sea una pequeña *quebrada* o, incluso, una zanja realizada para la extracción de madera.

A partir de esta evidente constante en la construcción de las viviendas a lo largo de los cursos de agua, se pueden distinguir diferentes tipos de los asentamientos de acuerdo con la densidad habitacional, distribución espacial y estructura organizativa. En primer lugar, se puede distinguir un asentamiento residencial disperso caracterizado por la presencia de una sola unidad habitacional donde reside uno o varios grupos domésticos. En los alrededores inmediatos de la vivienda, generalmente hacia la parte trasera de la misma, se encuentra una huerta y *azotea* donde se siembran diferentes plantas alimentarias y medicinales. Otras parcelas de cultivo conocidas como *colinos* o *fincas*, se distribuyen, sin embargo, en diferentes puntos a lo largo de los ríos y riachuelos, aprovechando los diques y terrazas aluviales que, además de la mayor fertilidad de sus suelos, se encuentran más seguras ante la intempestiva presencia de las crecientes.

En esta configuración espacial, una misma unidad residencial, entonces, posee a su vez varios colinos ubicadas en puntos distantes y, no en pocas ocasiones, sobre cursos distantes, con el objeto de asegurarse en caso de las no extraordinarias crecientes de los ríos o los maremotos en la línea costera. Así, la imagen de estos asentamientos residenciales dispersos aparece, ante un eventual observador aéreo, partir de un sinnúmero de discontinuidades de *colinos* o viviendas hacia ambos lados de las corrientes fluviales o de los esteros. La presencia de animales domésticos como las gallinas, patos, puercos y perros, se evidencia con particular intensidad en este tipo residencial disperso.

El asentamiento residencial disperso se configura como unidad productiva polivalente, es decir, responde a diferentes actividades económicas en diversos ámbitos espaciales de acuerdo con el contexto ecológico específico y con un ciclo de producción climática y culturalmente posible. La selva, los cultivos y el río — o los esteros y el mar, cuando es el caso — se consolidan en tanto espacios complementarios donde diversas actividades como la cacería, la pesca, la recolección y la siembra se conjugan a partir de un modelo económico centrado en la reproducción del grupo doméstico en sus múltiples y específicas articulaciones con un mercado local y externo. La propiedad consuetudinariamente establecida sobre los factores de la producción y la disposición del trabajo generado por el mismo grupo doméstico son generalmente las características a partir de las cuales se efectúan las diferentes prácticas económicas. En este tipo residencial, entonces, se encuentran profundamente imbricados la residencia, el grupo doméstico y los espacios de la producción.

Los pequeños conglomerados residenciales configuran una segunda modalidad de asentamiento. Es cotidiano observar a lo largo de los ríos o playas concentraciones de viviendas que siguen el curso las aguas o línea costera y cuyo número generalmente no sobrepasa unas dos o tres docenas. En esta modalidad de asentamiento se inicia una paulatina diferenciación entre el espacio residencial y el productivo. Aunque generalmente se mantienen las zoteas y huertas en la parte posterior de las viviendas, su tamaño se reduce con la densificación de las construcciones hasta desaparecer casi en su totalidad en otros tipos de asentamiento.

Como consecuencia de ello, las *fincas* o *trabajaderos*, es decir, el acrecentamiento espacial de aquellos *colinos* presentes en el modelo residencial disperso, adquieren una relevancia cada vez mayor en tanto espacios de cultivo disponible. La presión sobre el bosque de los alrededores de los conglomerados dispersos se traduce, en términos generales, en una disminución significativa de actividades como la cacería, la extracción maderera con propósitos comerciales o la recolección de frutos y vegetales silvestres. Animales domésticos como el *puerco*, en este modelo residencial, generan conflictos dadas las características mismas de su cría, puesto que deambulan por entre la selva cercana y, no en pocas ocasiones, por entre las áreas de cultivo en busca de una parte considerable de su alimentación; lo cual puede causar daños en cultivos ajenos al propietario del animal. En otros casos, como el referenciado por Moreno (1994) para un asentamiento disperso en el alto Baudó, se han configurado complejas estrategias de manejo colectivo en la crianza de los cerdos evitando los conflictos que de otra manera acarrearía su presencia.

Esta modalidad de asentamiento puede ser el resultado de la evolución de un asentamiento residencial disperso por el crecimiento demográfico endógeno con el establecimiento de los hijos de los originales pobladores y sus familias en los alrededores de la casa inicial o por la articulación de dos grupos familiares (Aprile-Gnisset 1993: 99). Al recorrer el Pacífico, no es extraño encontrarse con que en múltiples de estos conglomerados residenciales prevalezca uno o a lo sumo dos apellidos, hasta el punto de que ello sirve para identificar el caserío: “el pueblo de los Rentería”, para referirse a un conglomerado residencial en medio Andaguada (Prieto 1996: 50) o “el pueblo de los Cuesta”, para señalar un caserío ribereño en El Tigre (Aprile-Gnisset 1993: 96). No obstante la importancia de este proceso en el surgimiento de los conglomerados residenciales, estos también pueden ser el resultado de la migración relativamente simultánea de varios grupos familiares en función de un interés específico de carácter económico como la constitución de un aserradero o la instauración de un punto de aprovisionamiento articulado con los periódicos auges extractivos.

La particular conformación del conglomerado residencial, indudablemente, tiene implicaciones en las posibilidades y la orientación de las relaciones establecidas entre los diferentes grupos domésticos establecidos allí. Sin embargo, por lo general, en este tipo de asentamientos se constituyen

redes de intercambio económico apuntaladas en un estrecho tejido de relaciones de parentesco — efectivo o ritual — o por la continuada convivencia de aquellos diferentes grupos familiares. De esta manera las unidades productivas no sólo se pueden conformar más allá de los límites del inmediato grupo doméstico, sino que también se establecen relaciones generalmente horizontales entre las distintas unidades productivas como lo son el *cambio de mano* o la cooperación. Ello no indica, sin embargo, la ausencia de unidades productivas centradas en un grupo doméstico ni, mucho menos, la carencia de dinámica en la composición de éstas. Además, las relaciones a partir de redes de intercambio fundadas en el parentesco no excluyen la presencia de relaciones económicas asimétricas o a partir del pago monetario como en el caso del *jornal*, incluso entre los mismos parientes.

En los conglomerados residenciales aunque se adquieren múltiples productos a través de un incipiente mercado interno reducido a unas cuantas tiendas o, generalmente, mediante el comercio más intenso con la cabecera municipal; son múltiples los productos agrícolas o resultantes de la pesca, la cacería o la recolección que se pueden obtener directamente o indirectamente por medio de esas redes de intercambio donde la reciprocidad es el fundamento de la circulación de los múltiples bienes y servicios.

En tercer lugar, se pueden distinguir, dentro de los tipos de asentamiento, los medianos poblados conformados por núcleos residenciales que han roto, dada una mayor densidad habitacional, con la distribución de las casas exclusivamente a lo largo de los ríos y playas ubicándose en ejes transversales, conformando así calles que en algunas ocasiones se internan caprichosas por entre las viviendas posibilitando estrechos y laberínticos senderos que, armados a veces a más de un metro sobre el suelo, exigen la pericia del caminante. Aunque en menor número que los conglomerados residenciales, los medianos poblados pueden ser hallados fácilmente en las orillas de los múltiples ríos que recorren en diferentes direcciones el Pacífico colombiano. Una mayor densidad poblacional y la presencia de diversos grupos familiares, asociada a una complejización del tejido de relaciones económicas y sociales, caracterizan a los pequeños poblados existentes en la región.

La configuración de estos medianos poblados se ha encontrado asociada a los períodos de auge, tanto de aquellos que evidencian una actual pujanza como de los que son hoy sólo la sombra de las dinámicas de antaño. Su fortaleza y decadencia son irremediablemente consecuencia de diferenciales ciclos de extracción respondiendo, por tanto, a dinámicas económicas externas (Whitten, 1992: 35).

En estos poblados se establece una significativa separación entre la producción y la residencia. Los huertos se reducen, cuando no desaparecen, a pequeños patios traseros y *azoteas* donde se conservan, en menor proporción, plantas alimenticias y medicinales. La presencia de animales domésticos se ve cada vez más reducida, conservando fundamentalmente gallinas y perros. Las *fincas* o *trabajaderos* se hacen necesarios para aquellos que continúan

vinculados con las actividades de agricultura y extracción forestal. Para ello se construyen viviendas provisionales o *ranchos* con el objeto de permanecer durante la realización de actividades de cultivo, cosecha, tumba de árboles, corte de naidí, etcétera.

En los poblados, las viviendas aunque generalmente mantienen su estructura, se construyen fundamentalmente con materiales externos a la localidad como son las tejas de zinc y, en algunos sectores, siguiendo las pautas de construcción exógenas introducidas por agentes como empleados estatales o comerciantes, las maderas aserradas son desplazadas por la introducción de materiales como el cemento y el adobe. Estos poblados se configuran como centros intermedios que articulan, en diferentes sentidos, las dinámicas locales de las cuencas de los ríos: hacia ellos fluyen múltiples de los productos resultantes de las diversas actividades económicas tanto de las residencias dispersas como de los pequeños conglomerados residenciales y en ellos los pobladores de unas y otras se proveen de los productos y servicios requeridos ya sean locales o de la “sociedad mayor”. Son el punto donde confluyen y se consolidan mercados locales, permitiendo así la circulación de los productos propios de las zonas de *las mares* – como, por ejemplo, el coco, el pescado de mar y diferentes moluscos y crustáceos – hacia el área media y alta de los ríos; desde la cual, a su vez, se producen con mayor énfasis aprovechando las ventajas relativas y diversas de los contextos ecológicos, otros productos como el plátano, el maíz, el arroz o el chontaduro.

Se puede señalar, entonces, como existen un conjunto de actividades económicas tejidas alrededor de los medianos poblados que implican mercados locales o, si se prefiere, microregionales. El mercado en los medianos poblados evidencia un sistema de intercambio mediatizado por el dinero entre la zona de *las mares* y la de *los ríos*. El pescado, el coco, las conchas, cangrejos y jaibas se llevan desde la primera, para que quienes viven en tanto en el poblado como en los pequeños conglomerados ubicados en las partes medias y altas de los ríos los adquieran. Por su parte, de la zona de *los ríos*, se lleva al mercado fundamentalmente el plátano, el chontaduro o el arroz, además de otras frutas y productos agrícolas. Existe, entonces, una articulación de carácter económico en el plano local a partir de la correlación de diferentes contextos ecológicos, que apuntalan determinadas prácticas orientadas hacia el mercado.

Las redes de reciprocidad e intercambio fundamentalmente se circunscriben, en estos medianos poblados, a las redes parentales y a los nacientes barrios. Las relaciones económicas mediatizadas por el dinero se intensifican no sólo para la obtención de productos que en los anteriores asentamientos eran conseguidos o por la producción directa o mediante la participación en esas fuertes redes de reciprocidad, sino, también, el trabajo adquiere connotaciones fuertemente monetarias, en detrimento de relaciones asociativas y simétricas de producción, paralelamente a la aparición de otros ámbitos y agentes económicos. El tejido social se complejiza ante la diversa presencia

de residentes o foráneos provenientes del interior del país, denominados en términos generales *paisas*, que se encuentran asociados tanto a las actividades comerciales, de extracción de los diferentes “recursos” o de otro tipo de “inversiones” a lo largo del Pacífico, como a los programas y planes de “asistencia” y “desarrollo” estatales o de organizaciones no gubernamentales. Algunos de estos medianos poblados se han encontrado atravesados por enclaves industriales de extranjeros, fundamentalmente alrededor de las actividades de extracción minera, pesquera o forestal mediatizados por la forma jurídica de las concesiones y permisos.

Igualmente, el cementerio, la iglesia, las escuelas, colegios y, en muchos de ellos, al constituirse como cabeceras municipales, las alcaldías, notarias, inspecciones y sedes de distritos de las Corporaciones y otras instituciones; hacen de los medianos poblados uno de los eslabones cruciales en la articulación de ese modelo poblacional disperso por los diferentes ríos, esteros, playas y manglares del Pacífico con la denominada “sociedad mayor”.

Las ciudades, por su parte, se constituyen en otro tipo habitacional a lo largo del Pacífico colombiano. Sin evidenciar una ruptura radical con su entorno, que sólo imprecisamente puede denominarse rural, las prácticas y relaciones económicas y del intercambio simbólico adquieren una dinámica y orientación propias de un ámbito más marcadamente urbano. En realidad, una oposición tajante desde las categorías de campo/ciudad, rural/urbano carece de pertinencia en este contexto no sólo porque en los diferentes tipos de asentamientos se mantienen aspectos que podrían ser caracterizados como eminentemente rurales, sino también porque una parte significativa de sus habitantes efectúan actividades y poseen igualmente propiedades en las zonas rurales. Los vínculos son estrechos y el tejido de relaciones se materializa en múltiples aspectos.

Durante esta configuración espacial, los tipos de asentamientos señalados (residencial disperso, pequeños conglomerados residenciales, medianos poblados y ciudades), se encuentran estrechamente relacionados no sólo por la circulación de productos de unos a otros, sino también por la alta movilidad poblacional consecuencia tanto de prácticas económicas y culturales como por la existencia de redes parentales que se tejen, por así decirlo, a través de los diferentes asentamientos descritos.

Huidas, desgarramientos, emplazamientos

Desde el río Atrato, en el extremo norte, hasta Tumaco en la frontera con el Ecuador, el Pacífico colombiano es hoy un febril escenario de guerra y muerte, donde guerrillas, paramilitares, ejército y bandas armadas, muchas veces apuntaladas por los intereses del narcotráfico y la minería, se disputan el control militar de la región. Todo esto ha ocurrido con una celeridad inusitada, transformando radicalmente la región del Pacífico en unos cuantos años e impactando de múltiples maneras a los pobladores locales y

sus dinámicas organizativas (Cfr. Agudelo 2002, Escobar 2004, Villa 2003). Estas disputas han tenido un fuerte impacto sobre la vida de gente negra y su configuración espacial.

Las condiciones de existencia de la configuración espacial de redes de diferentes tipos de asentamientos son impactadas de múltiples maneras. El desplazamiento forzado de miles de personas, horrorizados por masacres y amenazas a la población local, significó el literal vaciamiento de pequeños poblados y casas aisladas en gran parte de los ríos, esteros y playas de la región. Este vaciamiento fue orquestado por la implementación de una economía del terror (Taussig [1987] 2002), desplegada por grupos paramilitares, guerrillas, ejército-policía y bandas delincuenciales en nombre del control del espacio y las poblaciones. Asociados a diferentes empresarios de la muerte, los cultivos de coca florecieron puntos estratégicos, a la par de laboratorios para su procesamiento y las estrategias y rutas en busca de mercados. Igualmente los cultivos de palma africana, la extracción maderera, y las retroexcavadoras y dragas para la minería, encuentran un nuevo impulso en el marco de la economía del terror.

Los pobladores ancestrales afrodescendientes e indígenas devienen en "desplazados", recurren a la huida para evitar la barbarie de actores armados. Muchos son asesinados con la sevicia de una economía del terror que inscribe en cuerpos y espacios el arbitrario despliegue de la muerte. Un sentimiento de pérdida, fractura, parálisis, enajenación y violación se imponen cada vez más sobre el sentido de lugar que surge para estas poblaciones en el marco de la economía del terror. Este sentido de lugar se ve intervenido no solo por las "acciones de guerra", sino también por las "acciones tácticas y de movimientos" que las acompañan. Así se impacta no sólo las prácticas, relaciones y cuerpos articulados al espacio de los pobladores sino también sus imaginarios, sentimientos y experiencias del espacio (Escobar, 2004; Oslender, 2004).

La restricción de los movimientos regulares de las poblaciones y la fragmentación de su espacio mediante la imposición del terror. Estas restricciones a la movilidad sobre cuerpos y objetos, que algunos activistas han denominado emplazamiento forzado (Rosero, 2002), son explícitas cuando se asocian a las prohibiciones de enunciadas por los actores armados como parte de la disputa sobre el control de gentes y lugares. Estas restricciones, sin embargo, también pueden ser implícitas debido al sentimiento de inseguridad del lugar experimentado por los pobladores locales como consecuencia de la presencia real o imaginada de grupos armados. La imposibilidad de la apropiación espacial efectiva ya sea por el abandono temporal o permanente de los pobladores ya sea por la restricción de la movilidad de personas y cosas así como por la incapacidad desde las prácticas de los pobladores locales y de sus formas organizativas de definir una autonomía, apropiación y control sobre su territorio

Las actividades económicas tradicionales y las relaciones desde las cuales se despliegan han sido impactadas ante la situación de guerra por razones

que van desde el emplazamiento forzado, la desaparición de la demanda de productos locales o la avalancha de mercancías que llegan con los nuevos auge de la coca y la minería. Así, los patrones de consumo y los mecanismos de prestigio social se ligan cada vez más, y sobre todo en las nuevas generaciones, a nociones de bienestar individual que se hacen incompatibles, cuando no antagónicas, con las que operaban hasta hace algunos años y que eran en parte condiciones de existencia de la anterior configuración espacial. Esto perfila el posicionamiento de un modelo nuevo de economía regional y local que ha erosionado las anteriores lógicas de producción, de organización social y patrones de asentamiento.

Ahora bien, con respecto a esta erosión del sustrato económico-social sobre el que se fundaba la anterior configuración espacial deben tenerse en cuenta dos aspectos. De un lado, no es un proceso homogéneo ya que ha impactado de forma diferencial a la región. Esto es, los efectos del “modelo nuevo de economía” en el sustrato económico-social del proyecto no tienen el mismo calado en diferentes lugares del Pacífico. De otro lado, este avance del “modelo nuevo de economía” y la consecuente erosión del sustrato económico-social no es absoluto ni ha borrado de un tajo relaciones y racionalidades que han estado presentes en estas poblaciones desde generaciones atrás. Mas bien, las ha subsumido o reorganizado bajo un ensamblaje en el cual se perfila su dominancia, pero no estamos ante un fenómeno de tabula rasa.

Conclusiones

Para le región del Pacífico en su conjunto, desde su llegada como esclavizados hasta la actualidad, se pueden identificar varias configuraciones espaciales. La primera, llamada aquí enclave minero-esclavista, comienza en el siglo XVI con la introducción de las primeras cuadrillas de esclavizados para el lavado de las arenas auríferas. Con las guerras de independencia y la abolición jurídica de la esclavitud a mediados del XIX, se puede identificar la consolidación de una segunda configuración espacial: la del poblamiento disperso. Durante cerca de un siglo esta configuración espacial supondrá la exploración y apropiación de los ríos, playas y esteros de la región por parte de los descendientes de los africanos traídos para la labor minera.

Posteriormente, hacia la segunda mitad del siglo XX, la frontera colonizadora comienza a cerrarse y empiezan a consolidarse y extenderse procesos de nucleamiento urbano en diferentes puntos de la región. Esto consolida una cuarta configuración espacial, caracterizada por una red de asentamientos dispersos y de nucleamiento urbano era la configuración espacial característica de la región. El proceso de etnización de comunidades negras y la titulación colectiva de más de cinco millones de hectáreas en el Pacífico colombiano responden a esta configuración espacial. En efecto, para cuando interviene la guerra y los empresarios de la muerte, en la región del Pacífico se había logrado, mediante una serie de luchas y procesos organizativos,

el reconocimiento de los derechos de propiedad colectiva sobre gran parte de lo que hasta entonces aparecían a los ojos del estado colombiano como tierras baldías.

Finalmente, para los últimos años de la década del noventa, sin embargo, esta configuración espacial es desgarrada por la irrupción del conflicto armado y los efectos de las dinámicas del narcotráfico y la minería ilegal. El desplazamiento de miles de pobladores, el asesinato y la intimidación perfilaron una configuración espacial de muerte y desolación. En este sentido, las dinámicas de la disputa militar entre paramilitares, bandas delincuenciales, guerrilla y ejército por el control sobre la región han afectado sustantivamente las condiciones de existencia y reproducción de la configuración espacial de una red de diferentes tipos de asentamientos y nucleamientos urbanos. El resultado ha sido la concentración de la población en los medianos y grandes nucleamientos urbanos, con la consecuente destinación de grandes zonas de los ríos, playas y esteros a puntuales procesos extractivos y algunas actividades productivas ya más orientadas hacia los mercados. Así, el quiebre generacional, expresado en transformaciones en el horizonte de aspiraciones y en las relaciones con el espacio, se ha hecho cada vez notable indicando que las narrativas de la etnización acuñadas hace unas décadas para dar cuenta de otras experiencias históricas requieren ser complejizadas. Nuevos imaginarios teóricos y políticos urgen para comprender etnográficamente las urdimbres y anclajes de la más reciente configuración espacial de los afrodescendientes en el Pacífico colombiano.

REFERENCIAS CITADAS

- Agudelo, Carlos. 2001. El Pacífico colombiano: de 'remanso de paz' a escenario estratégico del conflicto armado. *Cuadernos de Desarrollo Rural*. (46): 5-38.
- Almario, Oscar. 2005. *La invención del suroccidente colombiano*. 2 Tomos. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana-Concejo de Medellín.
- _____. 2003. *Los renacientes y su territorio. Ensayos sobre la etnicidad negra en el Pacífico sur colombiano*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Aprile-Gnisset, Jaques. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Universidad del Valle. Cali. 1993.
- Álvarez, Manuela. 1999. "Prácticas espaciales y regimenes de construcción de ciudad en Tumaco". En: Juana Camacho y Eduardo Restrepo (Eds.), *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de gente negra en Colombia*. pp. 193-220. Bogotá: Ecofondo-Natura-Instituto Colombiano de Antropología.
- Barona, Guido. 1995. *La maldición de midas en una región del mundo colonial. Popayán 1730-1830*. Editorial Universidad del Valle.
- _____. 1985. "Elementos para el análisis del sistema minero en la historia económica colonial colombiana". En: *V Congreso de historia de Colombia*. pp. 315-333. Bogotá: ICFES.
- Colmenares, Germán. 1976. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*. Cali: Editorial Universidad del Valle.
- Dávila, Carmen. 1979. "Historia de la deculturación del negro bajo el régimen esclavista en la explotación minera; Santa María del Puerto de Barbacoas: un caso de referencia". Trabajo de grado. Departamento de Antropología. Universidad de los Andes. Bogotá.
- De Granda, Germán. 1977. *Estudios sobre un área dialectal hispanoamericana de la población negra: las tierras bajas occidentales de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- _____. 1971. Onomástica y procedencia africana de esclavos negros en las minas del sur de la gobernación de Popayán (Siglo XVIII). *Revista española de la antropología americana*. (6): 381-422.
- Escobar, Arturo. 2010. *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Envión editores.
- _____. 2004. "Desplazamientos, desarrollo y modernidad en el Pacífico colombiano". En: Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Eds.), *Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia*. pp. 51-70. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

- Friedemann, Nina S. de y Mónica Espinosa. 1993. "Familia minera en el litoral Pacífico". En: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*. Tomo II. Bogotá: Fen-Biopacífico.
- Herrera, Johana. 2013. "Sujetos a mapas: etnización y luchas por la tierra en el Caribe colombiano". Tesis, Maestría en Estudios Culturales. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Hoffmann, Odile. 2007. *Comunidades negras en el Pacífico colombiano: innovaciones y dinámicas étnicas*. Quito: Ediciones Abya-Yala-IRD-IFEA.
- Ibáñez, Jesús. 1985. *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Mexico: Siglo XXI Editores.
- Jiménez, Orián. 2004. *El Chocó: un paraíso del demonio. Nóvita, Citará y El Baudó, siglo XVIII*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Jurado, Fernando. 1990. *Esclavitud en la Costa Pacífica: Iscuandé, Tumaco, Barbacoas y Esmeraldas. Siglos XVI al XIX*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Leyva, Pablo (ed.). 1993. *Colombia Pacífico*. Tomos I y II. Bogotá: FEN.
- Leal, Claudia. 2004. "Black forests. The Pacific Lowlands of Colombia, 1850-1930". Disertación. Departamento de Geografía. University of California, Berkeley.
- Leeberg, July y Emperatriz Valencia. 1987. "Los sistemas de producción en el medio Atrato". Proyecto Diar-Codechocó. Quibdó.
- Moreno, Javier. 1994. "Ancianos, cerdos y selva: autoridad y entorno en una comunidad afrochocoana". Trabajo de grado. Departamento de Antropología. Universidad Nacional. Bogotá.
- Mosquera, Gilma. 2004. "Sobre los poblados y la vivienda del Pacífico". En: Mauricio Pardo, Claudia Mosquera y María Clemencia Ramírez (Eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*. pp. 291-331. Bogotá: ICANH-Universidad Nacional de Colombia.
- Offen, Karl H. 2003. The territorial turn: Making black territories in Pacific Colombia. *Journal of Latin American Geography*. 2 (1): 43-73.
- Oslender, Ulrich. 2008. *Comunidades negras y espacio en el Pacífico colombiano: hacia un giro geográfico en el estudio de los movimientos sociales*. Bogotá: ICANH-Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca-Universidad del Cauca.
- _____. 2004. "Geografías del terror y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano". En: Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Eds.), *Conflicto e (in)visibilidad: retos de los estudios de la gente negra en Colombia*. pp. 35-51. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Perea, Berta. 1986. "La familia afrocolombiana en una comunidad minera del Chocó". Tesis de grado. Universidad Externado de Colombia. Bogotá.
- Prieto, Dario. 1996. "Territorialidad en una comunidad minera chocoana". Trabajo de Grado. Departamento de Antropología. Universidad de los Andes. Bogotá.
- Restrepo, Eduardo. 2013. *Etnización de la negritud. Invención de las "comunidades negras" como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial de la Universidad del Cauca.

Romero, Mario. 1991. Procesos de poblamiento y organización social en la costa Pacífica colombiana. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. (18-19): 9-32.

Rosero, Carlos. 2002. "Los afrodescendientes y el conflicto armado en Colombia: la insistencia en lo propio como alternativa". En: Claudia Mosquera, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (Eds.), *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*. pp. 547-560. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-ICANH-IRD-ILAS.

Sharp, William. 1970. *Forsaken but for gold: an economic study of slavery and mining in the colombian Chocó, 1680-1810*. Ann Arbor: University Microfilms Internacional.

Taussig, Michael. [1987] 2002. *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*. Bogotá: Editorial Norma.

_____. 1978. *Destrucción y resistencia campesina. El caso del litoral Pacífico*. Bogotá: Ediciones Punta de Lanza.

Trouillot, Michel-Rolph. 2011. *Transformaciones globales: la antropología y el mundo moderno*. Popayán-Bogotá: Editorial Universidad del Cauca-Universidad de los Andes.

Vargas, Patricia (ed.). 1999. *Construcción territorial en el Chocó*. Volumen 2. Historias locales. pp. 105-110. Bogotá: ICAN-PNR.

Villa, William. 2004. "El territorio de comunidades negras, la guerra en el Pacífico y los problemas del desarrollo". En: Mauricio Pardo, Claudia Mosquera y María Clemencia Ramírez (Eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico*. pp. 331-342. Bogotá: ICANH-Universidad Nacional.

_____. 1998. "Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región" En: Adriana Maya (ed.), *Los afrocolombianos*. Geografía humana de Colombia. Tomo VI, pp. 431-448. Bogotá: Instituto colombiano de cultura hispánica.

Wade, Peter. 1997. *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

West, Robert. 1972. *La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial*. Imprenta Nacional. Bogotá.

_____. [1957]. 2000. *Las tierras bajas del Pacífico*. Bogotá: Ican.

Whitten, Norman. 1992. *Pioneros negros: la cultura afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia*. Centro cultural Afro-ecuatoriano. Quito.